

EDUARDO MENDOZA

LA IRONÍA DE LA TRADICIÓN

FUERA DE LUGAR

CATALUÑA tiene fama de ser un país serio, un país en el que sus gentes suelen adoptar poses circunspectas, graves, las propias de personas *atrafegades*, apremiadas por obligaciones impostergables y por el trabajo. Es un tópico sempiterno que a los propios nativos les gusta cultivar. Tal vez porque tradicionalmente les ha dado un aire de modernidad en la España de la siesta y la indolencia, de los toros y el primitivismo, una imagen también estereotipada. Dice Javier Marías que cuando Eduardo Mendoza y él mismo fueron invitados a *Apostrophes*, el programa televisivo que dirigía Bernard Pivot, tuvieron la ocurrencia de acudir al plató con aspecto de españoles decimonónicos: con patillas de hacha y con una faca, arma dispuesta para ser ensartada en la mesa del estudio. ¿Con qué fin? El propósito era el de reforzar la España del tópico, confundir a nuestros vecinos con imágenes redundantes y previsibles sobre nuestra violencia salvaje. Hablamos de 1992, fecha de emisión del programa televisivo. Finalmente se comportaron: evitaron la sobreactuación histriónica presentándose como un catalán y un madrileño sensatos y modernos.

¿Podemos tomar a Eduardo Mendoza como guía o introductor de la Cataluña real en la España presente? Su literatura es exagerada y caricaturesca, con resabios expresamente anacrónicos: es un riesgo, pues, servimos de una escritura extremada y deliberadamente arcaizante para hacernos una idea cabal de la sociedad de hoy. Sin embargo, en ocasiones, los disparates literarios más elaborados podemos verlos como documentos muy fieles del mundo material. En el *Diccionario de autoridades* de 1732, sin ir más lejos, la voz documento se definía del siguiente modo: «doctrina o enseñanza con que se procura instruir a alguno en cualquiera materia, y principalmente se toma por el aviso u consejo que se le da, para que no incurra en algún yerro o defecto». La literatura de Eduardo Mendoza podría tomarse, sí, como doctrina y enseñanza con que el autor procura instruirnos para que no incurramos en algunos yerros o defectos. Eduardo Mendoza es un *letraherido*. Tanto en el sentido del que tiene mucha afición a la literatura, como en el de quien usa la escritura para dolerse. Pero Mendoza se duele satirizando.

Eso lo ha sabido ver muy bien Llàtzer Moix en el libro que le dedica. Se titula *Mundo Mendoza* (2006). Su autor es redactor jefe de Cultura en *La Vanguardia* y, por lo que parece, se ha especializado en escritores excéntricos. Hay que estar atentos: si vemos en los expositores de novedades un volumen de Moix, no hay que perderse. Es garantía de una exquisita elaboración: por su prosa ajustada, precisa, y por el cariño con el que aborda su objeto. Trate de lo que trate, Moix siempre confirma lo que es, un riguroso periodista cultural que sabe de qué modo hay que presentar las cosas sin impostarlas: con cuidado, con algo de guasa y con erudición contenida. Hace un tiempo, por ejemplo, leí su *Wilt soy yo. Conversaciones con Tom Sharpe* (2002). No era fácil convencer a los lectores, sobre todo para quienes habían sido seguidores fieles de Sharpe, cuyo humor está algo decaído. Pues bien, Moix conseguía persuadir reanimando al autor de *Wilt*, vitaminizándolo con preguntas inteligentes, con acotaciones exactas, expresadas con todo respeto. Años después, al leer *Mundo Mendoza*, volvemos a disfrutar. La Cataluña de Eduardo Mendoza que compendia Moix parece más auténtica que la que nos transmiten los medios de comunicación: es un mundo plural, menos homogéneo y menos envarado de lo que los políticos locales nos presentan.

Por supuesto, las novelas de Mendoza no aspiran a ser un calco o reflejo de la Cataluña histórica: se escriben con el propósito evidente de escarnecer unos vicios en un contexto concreto que es, básicamente, la Barcelona natal del autor. Es decir, son documentos en el sentido moral del término. Hay admoniciones y severas reprensiones: muy serias y a la vez muy burlescas. Sobre esa meta, estas ficciones exageran *el lado cínico y aprovechado* de los poderosos y *el lado pendenciero y menesteroso* de las clases populares. Como en los folletines de antaño, en las radioteatros de posguerra o en las comedias de enredo. Pero sobre todo sus novelas suelen mostrar de manera satírica *el lado gamberro y descacharrante* que hay y aflora en aquel país, en esa Cataluña circunspecta. A pesar del porte reservado de sus habitantes, que les sirve de máscara o de defensa, los catalanes serían gente cómica o involuntariamente cómica, incluso desquiciada: eso parece inferirse de sus ficciones. En sus páginas siempre hay locos o excéntricos que con torpeza, ingenio e impudor malviven o sobreviven en una tierra aparentemente discreta, grave y severísima. Esos individuos son tipos que no han sabido gobernarse, que están fuera de lugar, gentes con existencias desastrosas y risibles: incapaces

de acomodarse a la norma común, a ese estadio general de una civilización hipócrita. Entre las figuras de esta calaña más célebres está el chiflado que protagoniza *El misterio de la cripta embrujada* (1979), *El laberinto de las aceitunas* (1982) y *La aventura del tocador de señoras* (2001). Es un orate, un tipo que entra y sale de un manicomio. Se encuentra allí bajo la tutela del doctor Sagrañes, un tipo huraño y probablemente con migrañas, como su propio apellido nos induce a creer. De cuando en cuando, el trastornado es convocado por la policía. Se le franquea el paso con el fin de resolver casos difíciles, aparentemente ilógicos o simplemente locos que los investigadores no consiguen solucionar, concretamente el comisario Flores. Los polis aplican la racionalidad y el buen sentido. Más o menos. Por su parte, el lunático aplica... lo que buenamente puede. El individuo tiene mucho de personaje infausto, de pícaro desgraciado al que la vida da muchos trompicones: su psiquismo está averiado de tanto golpe, seguro, y su hermana es una prostituta a la que no puede redimir.